

SI EL GRANO MUERE, DA MUCHO FRUTO

Homilía en la Misa de funeral por Mons. Eloy Tato

+ Textos: Hch 10, 34-43; Sal 22; Jn 12, 23-28

La muerte siempre llega cargada de misterio. No nos basta predecir su llegada. Nos preguntamos sin cesar el porqué. Siempre es así, y lo es de modo especial cuando pone fin a una vida cargada de una fe robusta, de un celo misionero ardiente, de una alegría contagiosa y de una paz serena. Así era la vida de Mons. Eloy Tato Losada, obispo emérito de Magangué, natural de nuestra tierra y de nuestra diócesis, que acaba de dejarnos. Su partida nos llena de tristeza y soledad, pero la Palabra de Dios viene en nuestra ayuda para iluminar nuestra noche y poblar nuestra orfandad.

El texto del evangelio de s. Juan que hemos proclamado se sitúa en el contexto de la entrada de Jesús en Jerusalén. El Mesías que entra en la ciudad, defrauda las expectativas de sus habitantes. Pero no por ello va a dejar de decir que no viene en plan guerrero ni para hacer una exhibición de poder, sino en modo humilde y servidor: viene a dar la vida para que otros la reciban.

Jesús mismo, a través de una parábola llena de sencillez y luminosidad, nos va a explicar el sentido de su vida y de su muerte. Contemplemos la pequeña realidad de una semilla. Sembrada en tierra, rodeada de oscuridad y afectada por la humedad, pronto comienza a corromperse. Todo parece indicar que su fin es inmediato e irremediable. Pero, de pronto, un pequeño tallo comienza a brotar. Aprovechando los nutrientes del subsuelo, comienza a crecer y crecer, rompe la piel de la tierra y sigue apuntando hacia arriba. Llegado el momento aparece por sorpresa una espiga repleta de granos que maduran al sol. Se ha producido algo parecido a un milagro: es semilla y no lo es. Una nueva vida ha brotado gracias a que otra ha perecido.

A partir de esta sencilla parábola, el propio Jesús realiza una reflexión en alta voz que nos permitimos prolongar. Imaginémonos por un momento que la semilla se niega a salir del saco donde está alojada. En paralelo, pensemos en la persona que se ama a sí misma y se niega a entregarse a favor de los demás; su vida será infecunda; pero si muere a sus propios intereses y se entrega generosamente, dará mucho fruto.

Los Santos Padres han interpretado la encarnación del Señor como realización de esta parábola, como el enterramiento en nuestra tierra de la semilla de vida eterna que es Jesucristo. Nos lo ha confirmado también s. Pedro, en la primera lectura al decirnos que Jesús “pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él”. Ciertamente, la vida de Jesús fue una vida de amor, servicio y entrega radical para rescatarnos del pecado y de la muerte y regalarnos la vida eterna. Por eso, como ocurre con el grano de trigo, después del trance de la muerte y del sepulcro, al tercer día resucita en una forma nueva de vida. Pedro y los demás apóstoles son testigos de ello y, siguiendo su propio encargo, así nos lo han narrado.

La historia del grano de trigo se repite en este tiempo y se hace realidad en Mons. Eloy Tato Losada que nos dejaba para despertar a una nueva vida el pasado martes, día 18, a la edad de 98 años. D. Eloy era obispo dimisionario de Magangué (Colombia). Había nacido en la localidad Orensana de Villadequinta perteneciente a la diócesis de Astorga, el 6 de septiembre de 1923, siendo el menor de cinco hermanos. Estudió en el Seminario de Astorga, recibiendo la ordenación sacerdotal el 15 de junio de 1946. Durante seis años ejerció el ministerio parroquial en esta zona gallega como ecónomo de Alberguería (aldea actualmente anegada por las aguas del embalse que lleva el mismo nombre), y encargado también de las parroquias

de Meda, Prada, Riomao, Curixido y Vilaboa, todas ellas pertenecientes al concello ourensano de A Veiga do Bolo.

El 8 de octubre de 1952 se incorporó al Seminario de Misiones en Burgos y, al año siguiente, se consagró definitivamente al Instituto Español de Misiones Extranjeras (IEME). Inmediatamente fue enviado al Vicariato Apostólico de San Jorge (Colombia) y nombrado profesor de su Seminario Mayor. En el año 1956 recibió el nombramiento de rector y profesor de Teología del Seminario Mayor y cuasi-párroco de San Benito Abad, al mismo tiempo que atiende al Instituto Femenino de Damas Catequistas. Tres años después se le nombró Provicario Apostólico de San Jorge.

El 3 de mayo de 1960, cuando tenía poco más de treinta y seis años, fue preconizado obispo titular de Cardicio y vicario apostólico de San Jorge, convirtiéndose en el obispo más joven del mundo. Su ordenación episcopal tuvo lugar en la catedral de Astorga, el 25 de julio de 1960, de manos del nuncio Ildebrando Antoniutti, que estuvo asistido por el obispo asturicense José Castellort y por José Lecuona, obispo titular de Vagada y superior general del IEME. Como lema episcopal eligió: “*Charitas, gaudium, pax*”.

Cuando San Pablo VI creó la diócesis de Magangué por la bula “*Recta sapiensque*”, Mons. Eloy fue designado como primer obispo de la misma. Era el 25 de abril de 1969. En ella trabajó intensamente hasta el 31 de mayo de 1994, fecha en que fue aceptada su renuncia por motivos de salud. A partir de entonces, se retiró a su pueblo natal donde siguió apoyando la acción pastoral de la zona con la generosidad, alegría y paz que siempre destiló, en consonancia con su propio lema episcopal.

Con D. Eloy, se nos ha ido uno de los dos únicos obispos vivos que participaron en las 4 sesiones del Concilio Vaticano II. Según las últimas noticias que nos han llegado, resta otro superviviente con residencia en Canadá. Con Mons. Eloy se nos ha ido un hombre de fe profunda que, como s. Pedro, estaba convencido de que “Dios no hace distinciones; acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea”. Por eso quiso compartir su fe con gentes de otras latitudes. Haciendo vida su lema episcopal, se entregó como el grano de trigo produciendo con la ayuda de Dios incontables frutos pastorales: Entre ellos está la conversión en congregación del Instituto de Hermanas Misioneras Catequistas a las que tanto amó y de las que recibió un delicado y generoso cuidado en los momentos de debilidad y hasta el final de sus días, ¡Gracias, hermanas! Se nos ha ido a la Casa del Padre un misionero que tenía clara su misión y que la afrontó con valentía. Trabajador infatigable, nunca paralizó sus sueños. Amaba a la Iglesia y buscaba incansablemente obreros para la viña del Señor, era un hombre generoso y pobre que no se reservó nada para sí.

Ante tan gran testimonio, quisiera que resonara en nuestro corazón la voz de Dios preguntándonos: ¿Qué tipo de grano quieres que sea tu vida, de bote o de surco? ¿Dónde querrá el Señor que te entregues? ¿Quién recogerá la antorcha misionera para llevar el Evangelio a los que no conocen al que da la vida, a Jesucristo?

El Apóstol Pedro, a pesar de sus debilidades, un día experimentó la presencia de Cristo resucitado y creyó en él. Convencido de la Buena Noticia se entregó por entero a la misión de anunciarle. Es lo que hizo también nuestro querido hermano en el episcopado Eloy Tato en nuestras tierras y, sobre todo en tierras de Colombia. Con su Palabra, que no era la suya, sino la de Dios, ofreció el sentido de la vida, regeneró la vida personal y comunitaria, iluminó los pasos peregrinos; con su pastoreo, puso las bases de una nueva Iglesia local: la diócesis de Magangué; con su sacerdocio, llenó de gracia y santidad la vida de sus hermanos. En definitiva, con su caridad, dio alegría y paz. ¡Que Dios sea alabado por su vida y ministerio! A él lo encomendamos. Amén.

+ Jesús, Obispo de Astorga